

LA NOVELA CRIMINAL ESPAÑOLA EN LA TRANSICION

Por

*José R. Valles Calatrava

Entre los diversos capítulos oscuros de nuestra historia literaria más reciente se encuentra, sin duda, el de la novela criminal: su origen, la evolución y practicantes del género hasta mediados de la década de los 70, los motivos de la escasa tradición de su escritura hasta ahora y de su actual surgimiento con un amplio abanico de autores y obras que presentan, en general, un digno nivel de calidad, son algunos de los interrogantes que deberían responderse a la hora del análisis de la narrativa criminal española (1). Aunque el presente trabajo se ciñe al estudio de esta literatura en nuestro país a partir de 1975, debemos hacer algunas breves reflexiones previas sobre estos temas para comprender el significado de la actual práctica de este tipo de discurso en España.

Pese a que durante cierto tiempo se ha pensado que el *nacimiento* de esta clase de historias aquí habría que buscarlo en la publicación en 1853 del relato *El clavo* de Pedro A. de Alarcón, la filiación de la obra al género de las «causas célebres» y el posterior conocimiento en nuestra nación —5 años más tarde— de la obra de Edgar A. Poe con la traducción francesa titulada *Histoires extraordinaires* parecen desmentir tal hipótesis. Si el profesor Ferreras (2) estudia detenidamente los antecedentes de la novelística criminal (historias de bandoleros y de crímenes o criminales famosos), Juan Paredes ha demostrado claramente que el origen del relato criminal español hay que buscarlo en la novela *La gota de sangre* y la serie de cuentos (*La cana*, *La cita*, *En coche cama*, etc.), escritos a principios de siglo por D.^a Emilia Pardo Bazán (3).

Tras la Condesa y hasta el inicio de la guerra civil no hay más nombres destacados que los de Joaquín Belda (*¿Quién disparó?*, 1909, y *Una mancha de sangre*, 1915), E.C. Delmar, seudónimo de Julián Amich Bert (*El secreto del contador de gas*, *Piojos grises* y *La tórtola de la puñalada*, publicadas en la década de los 30 en Juventud) y Jack Forbes, en realidad Adelardo Fernández Arias, J. Francés y A. Loma Osorio con una esporádica incursión en el género.

*Dr. en Filosofía y Letras.

El suceso más importante de este período parece ser el comienzo de la actividad de una serie de colecciones especializadas de diferentes editoriales que darán a conocer a los principales creadores extranjeros de esta clase de historias en España y que contribuirán enormemente a la difusión del género en nuestro país y a su conocimiento —aunque sea posterior— por parte de los actuales practicantes de este tipo de narrativa. Nacen así la serie «Enigma» de Saturnino Calleja en 1925, «Grandes éxitos populares», en 1928, y «Biblioteca popular Fama» de la editorial Juventud, «Club del crimen», en 1929, y «Selección policíaca», en 1932, de Dédalo, «Detective» de Aguilar en 1930 y, sobre todo, la trascendental «Biblioteca Oro» de la editorial Molino en 1933.

Las escasas obras criminales de esta época deben más, pues, a la imitación de los modelos extranjeros que a la propia posibilidad de crear un género autóctono español. El primitivismo técnico y argumental, la escasez de obras y escritores, el apoyo en los referentes europeos conocidos, la localización de la acción en nuestro país y la invención de personajes españoles son los rasgos primordiales de nuestra novela criminal de esta etapa.

Dos hechos principales determinan la trayectoria de las historias criminales españolas durante el *período* comprendido *entre 1939 y 1975*: primero, el aumento y proliferación de traducciones de obras de escritores extranjeros y la visión del cine negro norteamericano, lo cual tendrá gran influencia en la formación cultural de casi todos nuestros autores contemporáneos; en segundo lugar, la aparición de diversos literatos que, ligados o no a la literatura popular, firmando con seudónimo o con nombre real, instaurarán una práctica más difundida del relato criminal en nuestro país, siguiendo en casi todos los casos los patrones extranjeros hasta el punto de localizar normalmente fuera sus tramas.

Desde el fin de la guerra va a haber en España una reactivación de la traducción que culminará, sobre todo, en la década de los 50 cuando muchas editoriales, entre las que destacan Clíper, Aguilar y Libros Plaza, creen sus series de novela criminal. Pero el gusto e iniciación de muchos españoles en estas narraciones se deberá fundamentalmente, como hemos anticipado, a las obras extranjeras publicadas en la «Biblioteca Oro» de Molino, nacida en 1933 y cuya vida llegará hasta 1976 —ahora ha reiniciado nuevamente sus publicaciones— en sus tres vertientes: «Biblioteca Oro», «Selecciones de la Biblioteca Oro» y «Biblioteca Oro de bolsillo». Además de por estas traducciones, casi todas de historias que se adscriben a la corriente de la novela-enigma, la difusión del género criminal aquí debe mucho a la trascendencia del cine negro estadounidense con el pase de casi todas las películas centradas en este tema (4): este fenómeno puede explicar el motivo de la escritura de algunas historias españolas de tipo negro cuando casi no se conocía esta clase de narrativa en nuestro país.

Los principales practicantes del género en esta etapa en nuestra nación, pueden incluirse, siguiendo a Vázquez de Parga (5), en dos campos distintos: el de

aquellos que escriben en colecciones populares y el de los que publican sus libros en las ediciones consideradas literarias.

La novela criminal española editada en formatos populares tiene su precedente en la salida a la luz, antes de la guerra, de la colección «Hombres audaces» de Molino, copia de las aventuras criminales norteamericanas de los «pulp». Así surgirán héroes nacionales como Ciclón, Yuma, el Hércules de Adolfo Martí y, sobre todo, el Duke de José Mallorquí suscrito como J. Figueroa Campos. En competencia con la anterior editorial, otras harán aparecer diversas series de novela criminal más cercanas a los presupuestos de la novela-enigma. De esta forma nace, entre 1943 y 1945, la «Serie Wallace» de la editorial Cisne, cuyas obras compusieron F. Mediante, M. Vallvé, José M.^a del Valle, firmando como O. Montgomery, y, especialmente, Adelardo Fernández Arias bajo numerosos seudónimos.

En la «Serie policíaca. Biblioteca Iris» de Bruguera publicaron Manuel Segura y Oscar Montenegro (Heliodoro Lillo) y, sobre todo, Lewis Earl Welleth (Luis Conde Vélez), creador de numerosas obras racionalistas protagonizadas por Pat Oldford o el escritor Canterbury.

La «Biblioteca Oro» de Molino recogió obras diversas de V. Arias Archidona, Arturo Benet, Pedro Guirao, las de José Mallorquí firmadas como Juan Montoro o J. Figueroa Campos, protagonizadas por el delegado del F.B.I. Sherman Ryles, y la serie de J. Lartsinim, inversión de Ministral, que tiene al psicoanalista Ludwig van Zigman como protagonista.

Desde 1944 a 1946 desarrolló su actividad la más importante de estas colecciones populares, la «Colección Misterio» de Clíper. Sus numerosos títulos fueron firmados principalmente por G.L. Hipkiss (Guillermo López Hipkiss), inventor de numerosos héroes, y los hermanos Gossé Cleyman que, bajo los seudónimos de S. Palmer y W. Powell o de G. y L.G. Cleyman, dieron vida al comisario belga Perochon y al detective chino Peter Wong.

Siguiendo la pauta de Pardo Bazán y Amich Bert y apoyándose en los patrones europeos, a partir de mediados de los 40 ciertos escritores publicaron sus relatos criminales en colecciones de carácter literario. Enrique Cuenca Grancha (H.C. Granch) editó en 1947 cuatro novelas en Cisne protagonizadas por el profesor de Física Frank Sullivan; Noel Clarasó (Manuel Clarasó Daudí) fue autor entre 1948 y 1952 de numerosas historias de novela-enigma carentes de héroe fijo tiradas por Juventud; Juan José Mira crea para la «Biblioteca Oro» de la editorial Molino al periodista García Muros, héroe de cuatro novelas; J. Enrich publica en Gimeno Sorolla en 1952 sus diversos relatos protagonizados por el inspector Juan Fosey; el también inspector de la policía madrileña Hugo Corin es el héroe de las tres novelas escritas en 1943 para Ameller por Adolfo Ober, realmente José Cano.

Uno de los títulos más importantes de este período es *El inocente*, de Mario Lacruz, premio Simenón, publicado en 1953 en el «Club del crimen» de Luis de Caralt, que narra el final trágico de Virgilio Delise, un hombre que pretende demostrar su inocencia en la muerte de su padrastro.

La crítica del crimen como algo amoral, el análisis psicológico de los personajes y la defensa de la Justicia son las principales peculiaridades de las diversas obras de Tomás Salvador: *El charco*, 1953, *Los atracadores*, 1955, *Cebo para unas manos*, 1979, y *Camello para un viaje*, 1984.

Los años comprendidos entre 1955 y 1965 son parcos en relatos criminales. Cabe citar a Alfonso Martínez Torre, Félix Llaugé, A. Núñez Alonso y especialmente a Gonzalo Suárez, autor de la novela corta *De cuerpo presente* en 1963 y, más tarde, en 1981, de *La reina roja*.

Entre 1965 y 1975 se publica la mayoría de la producción criminal de F. García Pavón. Sus 18 cuentos, 8 novelas y 4 novelas cortas se reparten entre *Historias de Plinio*, 1968, *El reinado de Witiza*, 1968, *El rapto de las Sabinas*, 1969, *Las hermanas coloradas*, 1970, *Nuevas historias de Plinio*, 1970, *Una semana de lluvia*, 1971, *Vendimiario de Plinio*, 1972, *Voces en Ruidera*, 1973, *El último sábado*, 1974, *Otra vez domingo*, 1978, *El hospital de los dormidos*, 1981 y *Cuentos de amor... vagamente*. 1985. Todos sus relatos tienen como personajes centrales al Jefe de la G.M. de Tomelloso, Manuel González, alias Plinio, y al albéitar, D. Lotario, y su obra, que sigue los cánones de la novela-enigma clásica, se caracteriza por su marcado carácter costumbrista, las descripciones de tono lírico, la importancia del humor, la escasa relevancia de la trama criminal, el elaborado tratamiento del lenguaje, en el que abundan los localismos, y la idealización del paisaje manchego.

Si también pueden incluirse en la novela problema tradicional las obras de Carmelo Paradinas publicadas en 1968 y 69 en la «Biblioteca Oro» y protagonizadas por el abogado e investigador de una compañía de seguros, César Frades, *Los registros cerebrales de César Prades* y *César Frades y el inspector mentiroso*, se alejan más de esta línea las historias de Manuel de Pedrolo *Es vessa una sang facil*, 1958, *Joc brut*, 1965 (*Juego sucio*, 1972), *Mossegar-se la cua*, 1968 (*Morderse la cola*, 1975), *Pas de ratlla*, 1972 y *Algú qui no hi havia de ser*, 1974. Las obras de Pedrolo, escritas en catalán, se acercan a la línea «tough» o a la «hard-boiled» de la novela negra. Así lo muestran, pese a la influencia simenoniana de que da cuenta Muñoz Suay (6), el análisis psicológico de los personajes, la primacía del proceso de actuación sobre el racionalismo, la legitimación de la noción moral de justicia (con minúscula frente a la Justicia o Ley), las tramas y descripciones realistas de los ambientes barceloneses y el desvelamiento de la implicación entre crimen y clases altas.

De todo lo anteriormente citado se deducen como rasgos resaltables de la literatura criminal de esta época la aparición de una novela criminal popular de un aceptable nivel técnico y estético, la ampliación y difusión de las traducciones de obras extranjeras y la influencia ejercida por el cine negro norteamericano. Pueden destacarse, además, la escasez de historias criminales autóctonas en relación a otros países, la preponderancia de la novela-enigma sobre la novela negra y la

imitación de los modelos extranjeros, que, a tenor de la escasa consolidación nacional de la ideología jurídica burguesa y el menosprecio con que son juzgados estos productos, suele forzar, sobre todo hasta los años 60, al uso de seudónimos y a la localización de la acción en el extranjero.

El año de 1975 marca un hito en el panorama político español al ser la fecha de la muerte del general Franco y el comienzo de unas expectativas concretas que acabarán en la imposición de un nuevo régimen democrático; por otro lado, a partir de entonces y hasta la actualidad, se produce, aunque paulatinamente, una transformación de la situación de la narrativa criminal autóctona: el incremento notable del número de obras, la elevación media de su calidad literaria, el importante aumento de los practicantes del género, su potenciación por diversas editoriales y la buena aceptación de estos productos por amplios sectores de lectores pueden hacer pensar que, frente a la anterior inexistencia de una tradición de la escritura de esta clase de relatos, nos encontramos ahora con la aparición de un género criminal español concebido como un fenómeno propio, diferenciado y original y con una práctica más generalizada y amplia.

Las características de esta nueva novela criminal española podrían resumirse en:

— El hecho de estar escritas por autores nacidos en España, que suelen firmar ya sus creaciones con su verdadero nombre al socaire de la creciente dignidad literaria del género, en cualquiera de las lenguas vernáculas nacionales (hasta ahora, castellano y catalán).

— La incardinación de la trama dentro del panorama social español y la utilización de personajes naturales de nuestro país; la acción está determinada, pues, por la realidad nacional en todas y cualquiera de sus vertientes, la cual se pretende describir siempre de forma realista y casi siempre de modo crítico.

— La falta de una tradición de literatura criminal autóctona, que contrasta con la boga en aumento de este tipo de novelística en España en la actualidad como consecuencia directa del reciente desarrollo y extensión del nivel jurídico —tanto como inconsciente colectivo cuanto como regulación legal— de la ideología burguesa.

— El predominio de la práctica de la novela negra sobre la escritura de novela-enigma.

El auge y novedoso sesgo del relato criminal español pueden comprobarse no solo en el aumento de títulos publicados y su consumo sino también en otros hechos sintomáticos como la cantidad de traducciones de los libros de Vázquez Montalbán, los diversos premios literarios concedidos a historias de tema criminal, las ya abundantes versiones cinematográficas de novelas de este tipo e incluso en la creación del comisario Bernal de la B.I.C. por parte del catedrático inglés Ian Michael, bajo el seudónimo de David Serafín, en cinco libros ya publicados por

Grijalbo (*Sábado de Gloria, El metro de Madrid, Golpe de Reyes, Incidente en la bahía y Puerto de luz*).

A nuestro entender, este cambio y generalización de la práctica de la narrativa criminal española ha sido promovido por diversos factores:

a) *Razones sociales y políticas*. El desarrollo del capitalismo español y la reciente consolidación del dominio de la burguesía de todos los aparatos y planos económicos, la situación socioeconómica anterior de crisis con la consiguiente agudización de contradicciones y polarización de clases y posturas ideológicas, las incertidumbres y expectativas políticas en la implantación de la democracia, los notorios hechos de la vida sociopolítica española de estos años y el mayor liberalismo con respecto a las publicaciones en los últimos tiempos del franquismo y la etapa predemocrática han contribuido, sin duda, a la aparición del mencionado fenómeno. Puede decirse, hasta cierto punto, por todo ello que la nueva novela criminal española es una novela de la transición.

b) *Razones ideológicas*. Si el relato criminal, como género que tiene como núcleo de su trama el hecho delictivo concebido como un enfrentamiento entre crimen y justicia, tiende a legitimar en última instancia la ideología jurídica burguesa, sea la «justicia» o noción moral o la «Justicia» o regulación legal (entrecruzándose con el racionalismo cartesiano-kantiano en la novela-enigma y con el romanticismo pequeño-burgués en la novela negra), su nacimiento real en nuestro país (en tanto que novelística diferenciada y original, no intentando únicamente reproducir los patrones foráneos) podrá producirse cuando las posibilidades objetivas de consolidación del capitalismo en la década de los años sesenta permita una definitiva generalización y asentamiento de la ideología jurídica burguesa.

c) *Razones estéticas*. Cabe citar aquí, por un lado, la posibilidad que ofrece la novela negra de efectuar un retrato realista y crítico de la sociedad del momento y, por otro, la propia dignificación sufrida por la novela criminal en general, y negra en particular, que se ha convertido en un género muy apreciado por numerosos intelectuales en cuanto a su lectura y escritura, desentendiéndose de la controversia sobre el valor literario de esta clase de historias. En esta revalorización cobran sentido los diferentes premios literarios no especializados concedidos a distintas novelas de esta índole (premio Simenón en 1956 a *El inocente*, premios de la Crítica en 1968 y Nadal en 1969 a *El reinado de Witiza* y *Las hermanas coloradas*, premio Ateneo de Sevilla de 1984 a *La vieja del molino de aceite*, premio Planeta de 1979 a *Los mares del sur* y de 1984 a *Crónica sentimental en rojo*, premio Azorín en 1985 a *Barcelona negra*, etc.) y las filmaciones cinematográficas sobre historias de este tipo (*Asesinato en el Comité Central, El misterio de la cripta embrujada, Crónica sentimental en rojo, Fanny pelopaja*, sobre *Prótesis*, o las series televisivas sobre Plinio, la más reciente sobre Carvalho o la próxima sobre Toni Romano).

d) *Razones culturales*. Ya hemos destacado anteriormente el enorme peso de

la filmografía negra americana en la formación de muchos de nuestros literatos actuales y en la difusión de las técnicas de las historias de carácter negro. Y a la importancia del cine habría que sumar la influencia ejercida por las múltiples traducciones de obras extranjeras, principalmente de novela-enigma, europea o americana, labor en la que sobresalió la citada «Biblioteca Oro» de Molino.

A partir de 1975 prácticamente todas las editoriales han contribuido a esta difusión de la literatura criminal extranjera al tirar relatos de esta clase bien en colecciones especializadas bien intercalándolos entre otros volúmenes e insertando en ocasiones títulos de escritores españoles. Entre ellas podemos citar a Península, Aguilar, Laia con su serie «Alfa 7», Plaza y Janés, Tusquets, Planeta, Alianza, Los Libros De la Frontera, Grijalbo, Forum con «El círculo del crimen», Noguer con la colección «Esfinge», Seis Barral en «Ediciones de Bolsillo», Bruguera con sus series «Club del misterio» y «Novela negra» (en «Libro Amigo») y Júcar con «Etiqueta negra».

e) *Razones de mercado*. Pueden incluirse aquí todos los intentos concretos de potenciación de un género criminal español que han propiciado sus presente situación: se trata de los premios, revistas monográficas y colecciones especializadas.

Entre los distintos premios especializados habidos en nuestra nación pueden citarse el Premio Círculo del Crimen, concedido a *Prótesis* de Andreu Martín en 1980, el premio Moriarty, conseguido en 1983 por Julián Ibáñez con *No des la espalda a la paloma*, y el premio Alfa 7 otorgado en 1986 a A. Martín también, por *El día menos pensado*, y en 1987 a M. Quinto por *El judío errante*.

Pese a haber sido varias las revistas que dedicaron numerosas páginas al estudio del relato criminal autóctono, cabe citar, entre todas, a *Gimlet*, revista monográfica ya desaparecida, que, dirigida por Manuel Vázquez Montalbán, sobrevivió, saliendo mensualmente, poco más de un año (marzo de 1981 a abril de 1982), tirando 14 números. Entre sus numerosas secciones podrían resaltarse su inconcluso «Diccionario de la novela criminal», los «Interrogatorios» a distintos autores españoles, la publicación de diversos relatos de escritores nativos o extranjeros, los enigmas que Luis G. de Blain planteaba con las aventuras de Taxi Key a los lectores o la edición de un cuento por número de un autor novel.

Pero el intento más firme de potenciar una novela criminal española lo dio la desaparecida editorial Sedmay con su serie «Círculo del crimen» que sacó a la luz novelas de escritores españoles mensualmente, desde noviembre de 1978 hasta finales de 1980, tirando más de 20 títulos. Esta colección posibilitó, por lo menos, el surgimiento de tres de nuestros más importantes escritores contemporáneos de historias criminales: Juan Madrid, Andreu Martín y Julián Ibáñez.

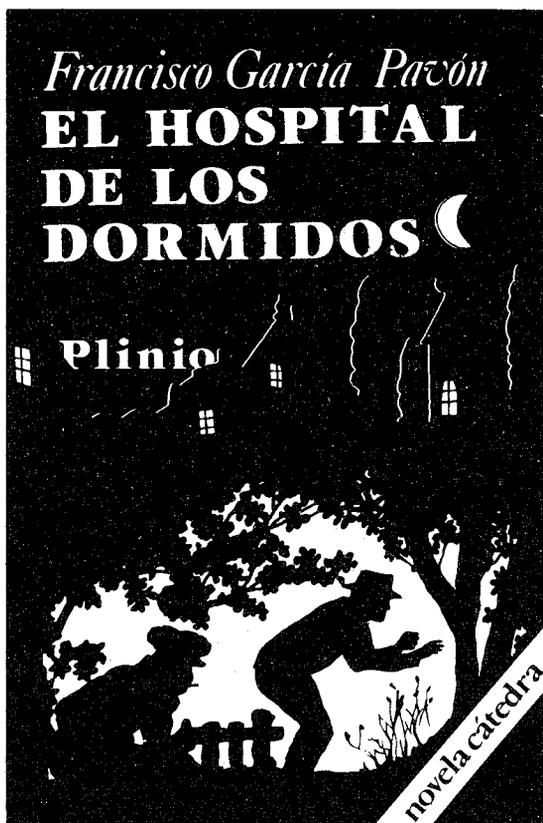
Junto a la narrativa criminal de corte literario de esta época, que ahora revisaremos, existe una literatura popular o de consumo masivo que versa sobre la misma temática y está determinada por las mismas constantes ideológicas. Con los antecedentes citados de principios de posguerra, esta clase de literatura será

desarrollada, tal como la conocemos actualmente, desde los años 50 por empresas como Rollán o Bruguera y llegará así hasta nuestros días. Con una estructura simple, aunando de forma maniqueísta, según Díez Borque (7), los rasgos estructurales e ideológicos de la novela criminal con los de aventuras y manteniendo un nivel general de baja calidad literaria y editorial, este tipo de obras suelen situar la acción en el extranjero, tener como protagonistas a personajes no españoles y estar escritas por autores que se ocultan tras seudónimos. Entre sus cultivadores destacan: Lou Carrigan (A. Vera Ramírez), Fel Marty (Félix Martínez Orejón), Joe Mogar (José Moreno García), Charles Mitchell (Carlos Miguel Martínez), Mark Halloran (J. Gubern Ribalta), Silver Kane (F. González Ledesma), Alexis Barclay (A. Viader Vives), Donald Curtis y Curtis Garland (J. Gallardo Muñoz), Clark Carrados (L. García Lecha), etc. El formato de estos libros, publicados hoy por editoriales como Forum, Bruguera, o Easa en colecciones de gran éxito (F.B.I., Punto Rojo, La Huella, Servicios Secretos, etc.), algunas de las cuales han superado, en tirada semanal, los 1.000 títulos, es de 149 x 103 mm y su número de páginas, fijo, es de 96.

Dentro de los escritores españoles de relatos criminales cabe distinguir, en primer lugar, a aquellos cuya producción se inscribe en la corriente de la novela-enigma. En esta tendencia pueden incluirse las historias de García Pavón y Tomás Salvador, ya mencionados anteriormente, y algunos otros literatos que han aborado el género en una sola obra hasta la actualidad: Fernando Savater (*Caronte aguarda*, 1984), Juan José Plans (*De noche un sábado*, 1979), Cristóbal Zaragoza (*Un muerto en la 105*, 1984), Santiago Santerbás (*Aventura del quinteto inacabado*, 1980), Vicente A. Guillamón (*Corpus de sangre en Toledo*, 1985) y Esteban Padrós de Palacios (*Velatorio para vivos*, 1977, conjunto de 7 cuentos).

Los practicantes del relato negro son mucho más numerosos y esta línea trasciende con mucho consecuentemente la importancia de la anterior. Citaremos ahora someramente las características más acusadas de la narrativa de los más conspicuos autores de novela negra en nuestro país.

El ciclo criminal del barcelonés Manuel Vázquez Montalbán está protagonizado por el detective gallego afincado en Barcelona Pepe Carvalho, cuyas aventuras se narran en *Tatuaje*, 1974, *La soledad del manager*, 1977, *Los mares del sur*, 1979, *Asesinato en el Comité Central*, 1981, *Los pájaros de Bangkok*, 1983, *La rosa de Alejandría*, 1984, *El balneario*, 1986, y las diferentes novelas cortas, reelaboración de los guiones televisivos previos, publicados hasta ahora en los libros *Historias de fantasmas*, 1986, *Tres historias de amor*, 1987, *Historias de padres e hijos*, 1987, e *Historias de política ficción*, 1987. Los principales rasgos resaltables en su serie son los frecuentes accesos al lirismo, el alto nivel de elaboración del lenguaje utilizado, el retrato de los ambientes y tipos barceloneses, la pintura crítica de la sociedad española de la transición a la democracia y la frecuente inclusión en sus historias de citas y referencias culturales de toda índole.



En el malagueño Juan Madrid Muñoz, autor de relatos siempre ambientados en la capital de España y estructurados en la lógica de la novela de investigador —Toni Romano— o delincuente, destacan la descripción de los ambientes, tipos y lugares madrileños, el conocimiento del mundo del hampa y los barrios bajos, el estilo narrativo rápido y directo, con un lenguaje lleno de términos del argot y la germanía, la ironía como recurso degradador de la realidad, la posición crítica ante la situación del país y la denuncia de la relación entre crimen y clases altas. Ha escrito las novelas *Un beso de amigo*, 1980, *Las apariencias no engañan*, 1982, y *Regalo de la casa*, 1986 y el cuento *Cuestión de peso*, 1987, protagonizadas por el antiguo policía y ex-boxeador Toni Romano, *Nada que hacer*, 1984, sobre la venganza de un criminal, la novela corta dedicada a un público infantil *Hotel Paraíso*, 1987, y el libro de cuentos titulado *Un trabajo fácil*, 1984.

Si Eduardo Mendoza usa únicamente las técnicas de la narrativa negra en *La verdad sobre el caso Savolta* y *La ciudad de los prodigios*, sus historias *El misterio de la cripta embrujada* y *El laberinto de las aceitunas*, editadas en 1979 y 1982, bastan por su calidad y originalidad para otorgarle uno de los puestos preeminentes en el panorama español actual de la novela criminal. Ambas están ambientadas en Barcelona, tienen ecos del relato gótico y picaresco y utilizan como investi-

Ferran Torrent

**NO ME VACILEN
AL COMISARIO**



LIBRO AMIGO **B** POLICIACA

JORGE M. REVERTE

**GÁLVEZ
EN EUSKADI**



EDITORIAL ANAGRAMA

gador, a un loco innominado, ratero y bebedor de Pepsi-Cola. El intento de parodia del género a través de la esperpentización de personajes y presentación de situaciones absurdas, la fuerte carga humorística y satírica, la crítica latente de la sociedad española y el lenguaje abarrocado, de frases largas y estructuras sintácticas complejas, con frecuentes contrastes y concatenaciones, son las características determinantes de su obra.

El escritor catalán Jaume Fuster ha publicado *De mica en mica s'omple la pica*, 1972 (*El procedimiento*, 1980), *Tarda, sessió contínua*, 3.45, 1976 (*Tarde, sesión continua*, 1982), *La corona valenciana*, 1983, *Les claus de vidre*, 1984 y *Sota el signe de Sagitari (Bajo el signo de Sagitario)*, 1987, donde el delincuente Enric Vidal protagoniza la primera y tercera obra y el detective Lluís Arquer la última. Sus libros, más experimentales o más lúdicos, más lineales o más complejos, pretenden, en opinión de Vázquez Montalbán (8), entrar en el género con el propósito de literaturizarlo.

La relevancia de la violencia, la marginación y la locura, la presentación descarnada y fría de los problemas sociales con afán latente de denuncia, el lenguaje sencillo y directo, abundante en palabras propias de la germanía, el lenguaje de la droga y exabruptos, el objetivismo narrativo, el normal encuadramiento de la trama en Barcelona y la ausencia de protagonista fijo en sus relatos, bien de detective bien de criminal, son las principales peculiaridades que ofrece la producción del más prolífico de los practicanes españoles del género criminal en la actualidad. La nómina de sus obras consta de *Aprende y calla*, 1979, (*Muts i a la gàbia*, 1986), *El Sr. Capone no está en casa*, 1979, *A la vejez, navajazos*, 1980, *Prótesis*, 1980, *La otra gota de agua*, 1981, *Por amor al arte*, 1982, *Sí es, no es*, 1983, *La camisa del revés*, 1983, *Amores que matan, ¿y qué?*, 1984, *El caballo y el mono*, 1984, *Historia de mort*, 1984, (*Memento de difuntos*, 1986), *El día menos pensado*, 1986, el volumen de cuentos titulado *Sucesos*, 1984, *Deixeu-me en pau*, 1986 y *El can dels mil dimonis*, 1987.

El periodista madrileño Jorge Martínez Reverte, además del cuento *El donante*, 1981, ha publicado las obras *Demasiado para Gálvez*, 1979 y *Gálvez en Euzkadi*, 1983, que, mediante la figura del periodista de ese nombre, aportan una visión cruda a la vez que paródica del panorama español contemporáneo, especialmente en sus aspectos financieros.

La novela negra humorística está representada hoy esencialmente por P. García, seudónimo de José García Martínez, el cual convierte al detective homosexual Gay Flower, inventado para cuentos anteriores, en el protagonista de sus novelas ambientadas en los años cuarenta estadounidenses *Gay Flower, detective muy privado*, 1978, *El nombre es Flower*, 1982, *Flower al aparato*, 1982, *Demasiados muertos para Flower*, 1983, *Flower en el calzoncillo eterno*, 1983 y *Flower en el tataranieto del Coyote*, 1985.

Julián Ibáñez, guionista cinematográfico y de televisión santanderino, ha escrito *La triple dama*, 1980 y *No des la espalda a la paloma*, 1983, protagonizadas

por el antiguo futbolista Ramón Ferreol y *La recompensa polaca*, 1981, *Mi nombre es Novoa*, 1986 y *Tirar al vuelo*, 1986, cuyo héroe es un contable llamado Novoa. Los libros de Julián Ibáñez, contando la historia en primera persona y localizando normalmente la acción en puertos españoles del Norte, unen a su calidad literaria y al perfecto mantenimiento de la intriga, la estructura más clásica del relato negro norteamericano, especialmente del tipo chandleriano: un investigador escéptico, solitario y sentimental animado por un personal código moral, ciertos rasgos de humor e ironía en el penetrante retrato crítico y realista de la sociedad y el planteamiento de las conexiones entre el crimen y las clases altas o el mundo de los negocios.

Todas las novelas del sevillano Carlos Pérez Marín siguen la tradición de la «crook story» o narración de criminal: *Días de guardar*, 1981, *Las reglas del juego*, 1982, *El ángel triste*, 1983 y *La mano armada*, 1986, tienen como ejes temáticos las contradicciones de la sociedad española actual (violencia, crimen, dinero, sexo y marginamiento) y muestran, con una narración en primera persona que intenta reproducir el argot de los bajos fondos, la amoralidad y falta de sentimentalismo de unos delincuentes que son productos de la propia estructura social. Las mismas características poseen la novela corta *Las pistolas*, 1981 y *Meriende de blancos*, 1983, del actor y escritor Félix Rotaeta.

El redactor jefe de *La Vanguardia*, Francisco González Ledesma, ha escrito las novelas criminales *El expediente Barcelona*, 1983, *Las calles de nuestros padres*, 1984, *Crónica sentimental en rojo*, 1984, *Soldados*, 1985 y *La dama de cachemira*, 1986, tres de las cuales tienen como héroe al viejo y desengañado policía Méndez, quien nos ofrece una detallada visión de los ambientes, tipos y lugares barceloneses.

El doctor Leonard y su ama de llaves Palmira son los protagonistas de *No tenía corazón*, 1979 y *La vieja del molino de aceite*, 1984, obras del ginecólogo zaragozano Santiago Lorén, que mezcla la intriga criminal en ellas con los conocimientos médicos sobre los trasplantes de corazón o el síndrome tóxico del aceite.

Pedro Casals, barcelonés, ha hecho investigar al abogado Lic(inio) Salinas delitos basados en temas de gran actualidad (atentado contra Felipe González, la droga, las adulteraciones alimentarias, el golpe de Estado, etc.) llevándolo frecuentemente a diferentes puntos geográficos y mostrando la relación entre el crimen y los grandes beneficios económicos en su serie *El primer poder*, 1981, *El intermediario*, 1983, *Anónimos contra el banquero*, 1983, *¿Por qué mataron a Felipe?*, 1985, *¿Quién venció en febrero?*, 1985, *La jeringuilla*, 1986 y *Disparando cocaína*, 1986.

El madrileño, aunque afincado en Euzkadi, Raúl Fernández Garrido, que firma como Raúl Guerra Garrido, es autor de la novela corta *La sueca desnuda* y de *La costumbre de morir*, 1981, *Escrito en un dólar*, 1982 y *El año del wolfran*, 1984. La ausencia de héroe fijejo, el minucioso análisis psicológico de los personajes y de las motivaciones que los inducen al crimen y las continuas referencias

a la realidad —pasada o presente— española son los rasgos fundamentales que pueden destacarse en su producción.

La descripción animada y humorística y el retrato crítico de la sociedad valenciana, principalmente de los ambientes nocturnos y marginales de la ciudad, son las notas más sobresalientes de la obra de Ferrán Torrent, que, tras escribir con José Ll. Seguí *La gola del llop*, 1983, crea al detective y especialista en recuperación de objetos robados Toni Butxana para que protagonice *No emprenyeu el comissari*, 1984, *Penja els guants, Butxana*, 1986 (*Contra las cuerdas*, 1987) y *Un-negre amb un saxo*, 1986.

Doble imagen y Demasiado oscuro para un fin de semana, editadas en 1986, son los dos relatos escritos por el periodista y crítico musical Jordi Sierra i Fabra y protagonizados por el periodista político y escritor de novelas policíacas Daniel Ros; la novela corta *El cadáver bajo el jardín* y la obra *Barcelona negra*, ambas publicadas en 1987, tienen como autor a José Luis Muñoz.

Pueden citarse, para finalizar, algunos de los muchos escritores que han firmado una historia de carácter negro: Lourdes Ortiz con *Picadura mortal*, 1979, Alberto Miralles con *Una semana pintada de negro*, 1983, Ernesto Parra con *Soy un extraño para ti*, 1981, Guillem Frontera con *La ruta de los canguros*, 1980, Ofèlia Dracs (seudónimo colectivo) con los cuentos recogidos en *Negra y consentida*, 1984, José M. Peláez y Tomás Onaindía con *No dispares contra la sirena*, 1987, Martí Sarroca con *La chica que lo enseñaba todo*, 1987, o José I. Moreno Cuiñat con *Tú eres el más grande*, 1987, por mencionar sólo algunos ejemplos destacados (9).

NOTAS

- (1) Puede encontrarse un estudio detallado de las características, corrientes y constantes ideológicas de la novela criminal y de la historia y peculiaridades del género en España, el análisis monográfico de la producción de sus principales representantes en nuestro país, su cronología y relación alfabética de autores y obras en: VALLES CALATRAVA, José R.: *Teoría de la novela criminal. La narrativa criminal española* (Tesis Doctoral). Universidad de Granada, 1986.
- (2) FERRERAS, J.I.: *La novela por entregas: 1840-1900*. Madrid, Taurus, 1972, págs. 293 a 304.
- (3) PAREDES NUÑEZ, J.: «El cuento policíaco en Pardo Bazán», en *Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al profesor E. Orozco Díaz (T. III)*. Granada, Universidad, 1979, págs. 7 a 18.
- (4) BORDE-CHAUMETON: *Panorama du film noir américain*. París, Les Editions du Minuit, 1955.
- (5) VAZQUEZ DE PARGA, S.: «La novela policíaca española», en *Los cuadernos del Norte*, n.º 19, mayo-junio de 1983.
- (6) MUÑOZ SUAY, R.: «La novela negra en España», en *El Viejo Topo*, n.º 42, marzo de 1980, pág. 46.
- (7) DIEZ BORQUE, J.M.ª: *Literatura y cultura de masas*. Madrid, Al-Borak, Ed., 1972, pág. 119.

- (8) CLAUDIN, V.: «Con Vázquez Montalbán sobre novela policíaca española», en *Camp de l'arpa*, nº 60-61, febrero-marzo de 1979, pág. 39.
- (9) Desde la entrega a imprenta de este artículo han aparecido más de veinte nuevos libros policíacos. Algunos de ellos han servido para confirmar a escritores que ya habían efectuado alguna incursión en el género: es el caso de las novelas *El judío errante* y *Estilo indirecto* de Manuel Quinto, que antes había publicado *Cuestión de astucia*, y de *Tampoco llegarás a Samarkanda*, obra de Fernando Martínez Laínez, que había creado ya con anterioridad *Carne de trueque*. Otros relatos han aumentado la producción, más o menos vasta, de literatos ya consagrados en la práctica de esta narrativa. Podemos destacar entre éstos *Asesinato en Prado del Rey* y *otras historias sórdidas* de M. Vázquez Montalbán, *Jungla*, conjunto de cuentos de Juan Madrid, *El papel de víctima* de C. Pérez Merinero, *El señor de la coca* de Pedro Casals, *Cuando trasladéis mi féretro* de Jaume Fuster, *en la esquina del círculo* de Jordi Sierra i Fabra, y *Crímenes de aficionado* y *Barcelona Connection* de Andreu Martín.
-